

de elevar la obra en que se manifiesta a la escala de los valores universales y permanentes del arte.

Unas veces este núcleo central de su producción se nos ofrece ordenadamente en series en las que el ensayo, al abreviarse y simplificarse, se afina y se multiplica en todas direcciones, llevado hacia todos los temas, como en *El Cazador* y en las series de *Simpatías y diferencias*; acercándose al periodismo literario, como en *Monterrey*, *Correo Literario*, *Norte y Sur*, y *Los trabajos y los días*; acercándose a la crítica, a la filología y a la teoría literaria, como en los *Capítulos de literatura española*, *La experiencia literaria* y *Entre libros*; o diluyéndose en la evocación, como en *Grata compañía*. Otras veces el ensayista se detiene ante un tema que demanda amplio desarrollo, y el ensayo liberalmente despliega entonces su haz de luces, como en *Visión de Anáhuac*, o en *El pasado inmediato*, que bien pueden servir como compendiosos y significativos ejemplos opuestos del modo como realiza Reyes sus más altos propósitos de escritor.

En *Visión de Anáhuac*, pensamiento, estructura y forma, todo es sencillez y armonía, solidez y transparencia. Es un magnífico ensayo poético de interpretación histórica, breve por su extensión, pero amplio por la magnitud de su horizonte espiritual. Tras el lema famoso, *viajero, has llegado a la región más transparente del aire*, tras el presentimiento de México en el relato de conquistadores y viajeros, se nos ofrece en descripción admirable, que es prodigio de síntesis artística, de estilización poética, el paisaje de la altiplanicie mexicana con su luminosa transparencia y su flora emblemática, signos de una naturaleza serena en cuyo seno se suavizan sonidos y fulgores, hasta quedar sólo el dibujo de las cosas, la silueta del hombre y de la montaña. La prosa poética de Reyes resucita la ciudad india, corazón del Imperio desaparecido; la reconstruye en el espíritu del lector con el habla de su pueblo, con los atavíos y las costumbres de las gentes que llenan sus calles y sus plazas, con su templo, *alarde de piedra*, con su gran mercado, *raro y palpitante caos*, con su emperador, *fabuloso Midas que reluce en su*

*trono como un sol*. Y tras ello, tras el tráfago de la vida cotidiana, los objetos de la riqueza material, los ritos, los deportes, la cultura, simbolizada en la flor, *madre de la sonrisa*, como cantaba el poeta de antaño. Y la página final, superadora de todos los particularismos, escrita para, sobre ellos, despertar y animar en el hombre la doble solidaridad de la tierra y de la historia, la emoción milenaria de la reacción de las generaciones ante la misma naturaleza que se asoma tras el mismo paisaje.

*Pasado inmediato*, ensayo también de interpretación histórica, lo es de otra manera, al extremo de poder contraponerse, por su proyección y estilo, a *Visión de Anáhuac*. Si aquél se debe a la alta poesía de la historia, éste busca la comprensión de la historia, pero iluminada por el sentimiento. Hay aquí el rebrotar de vivencias que dejaron honda huella en el alma del historiador. La preocupación literaria del estilo y el rigor y elegancia de la construcción cedén el paso a la agrupación espontánea y al juicio certero y vivaz del copioso acervo de elementos históricos. El ensayo vale por la claridad, exactitud y vivacidad del cuadro, y más por la manera humana de iluminarlo, con naturalidad y simpatía, que no limitan, sino favorecen, la visión penetrante de las cosas, de modo que personajes, instituciones y sucesos, envueltos en la luz crepuscular de la evocación, conservan y manifiestan la realidad de lo que fueron, el ser y el modo, nombre y sobrenombre, lo mismo la circunstancia pintoresca que los enmarca que la tenue o vigorosa esencia espiritual que los define. Es la historia del pasado inmediato de México, que es también el pasado inmediato del historiador, previsoramente convencido de que *la historia que acaba de pasar es la menos apreciada*, que lo malo no *es ser arcaico, sino ser viejo*, observaciones agudas y originales que señalan peligros que evade, por cierto, su pericia de viajero del pasado, pruebas de su maestría en el arte difícil de conocer y evocar hombres y cosas.

En el mundo del ensayo alfonsino, caben zonas extensas de la historia, los temas capitales del pensamiento; y Grecia y la España

de los Siglos de Oro son dilatadas y riquísimas provincias por las que él discurre en incursiones incesantes, con su entusiasmo juvenil, su sabiduría y agudeza, su tolerancia y su curiosidad insomne, yendo de la exégesis de la poesía, la crítica y la retórica antigua a la iluminación del arte de Góngora, el padre tardíamente reconocido de la poesía hispánica moderna; y hasta los grandes temas de lo contemporáneo y lo actual.

Y nunca llegamos a los límites de la selva en que se nos transforma el bosque cuidado de la creación literaria de Reyes, al agigantarse éste y alcanzar proporciones que, más que en la mano y en la mente del hombre, nos hace pensar en las fuerzas inextinguibles y espontáneas de la Naturaleza. Cuando la fronda parece que se termina, reaparece en márgenes que se extienden indefinidamente. Prólogos, ediciones, acotaciones, traducciones, se multiplican en serie nutrida y siempre en aumento. Toda selección se torna difícil. Impresiona la fastuosa sucesión de nombres cimeros al margen de cuya obra ha dejado la suya este crítico sagaz, el comentarista oportuno y preciso, el anotador vigilante y certero. Reyes vive en egregia compañía: el Arcipreste de Hita, Alarcón, Lope de Vega, Quevedo, Góngora; Sierra, Urbina, Nervo; Chesterton, Stevenson, Romaine, Sterne, Berard, Burckhardt, W. Frank, Goethe... A los bibliógrafos laboriosos dejamos la enumeración inmensa, índice de los trabajos y los días de esta vida, cuya lección de trabajo y de arte tiene, en realidad, un solo tiempo, el de la tensión creadora del espíritu, y un fin supremo, el de la humana y profunda comprensión de todas las cosas.

Vale, sin embargo, la obra de Reyes, no sólo por lo efectivamente realizado, sino por lo potencial y lo implícito, y por lo que en ella está como en esbozo, o en proyecto a medio acabar que espera su culminación de futuras labores, de una reincidencia siempre posible en este prodigioso hiperactivo en perenne primavera de entusiasmo y de trabajo. En la obra de este maestro insigne del ensayo de temas innumerables y estilo en continua y fácil renovación, con

el ensayista, coexisten personalidades en contenido despliegue, que aún no hallaron su verdadera ocasión en el tiempo cargado de labores y frutos; el gran historiador, el psicólogo sutil, el filósofo de la literatura y de la historia.

En la obra de Reyes, que, en ensayos breves o extensos y en páginas dispersas, tan abundantemente derrama sus luces sobre la historia, hay, sin duda, el aplazamiento y la promesa del gran historiador, del que acota y agota la historia en sus grandes aspectos, el historiador sistemático, orgánico, de conjunto, que bien puede serlo de una época, de un tema o problema universal, de la literatura, de la filosofía, de la ciencia o del arte, en alguno de sus sectores principales. ¿Porqué no ha sido Reyes —cuándo será— el historiador in extenso de lo que tan bien conoce, escudriña e interpreta, de una de las literaturas clásicas o modernas, y, sobre todo, de la literatura y de la cultura de Hispanoamérica, o de su México de finuras y complejidades, tramos todos de la historia que el autor de *Pasado inmediato*, de *Visión de Anáhuac*, y de tantos otros ensayos de interpretación histórica, podría iluminar y presentarnos en las proporciones y con los caracteres de gran fresco, o en serie correlacionada de cuadros destinada a desarrollar el mismo motivo? Queda siempre en el aire la interrogación, actualizada por el deseo, —desideratum— de sus lectores, que no sólo aprecian la eficacia de su estilo de narrador, sino además aquella capacidad suya para la composición del cuadro de conjunto lo mismo que para el estudio particular de las figuras representativas y la selección y disposición de los detalles significativos o pintorescos.

Hay igualmente en la totalidad de su obra, implícita o explícitamente, un psicólogo sutil, descubridor, entre las circunstancias, del alma de innumerables personas y personajes; y del mismo modo, un filósofo de la literatura, que, disperso primero en las páginas de muchos años de labor, vino a concretarse y culminar felizmente en *El deslinde*, libro capital, preciso y denso, en el que una lengua sobria y exacta, trabajada y dominada a la perfección, sirve de flexible ins-

trumento expresivo para una grandiosa empresa dialéctica, de esclarecimiento, exégesis y sistematización, no superada en lo hispánico, en los dominios de la estética general y de la teoría de la literatura.

Publicada gran parte de la obra de Reyes en periódicos y revistas, es substancialmente periodismo de la mejor clase, para el que naturalmente el público existe, pero no para subordinarse a sus limitaciones, sino para superarlas, periodismo que tiene las notas que le son específicas, pero que además posee la virtud de convertir en actualidad, para cualquier público, cualquier tema remoto o cercano, curioso, abstruso o vulgar, de la cultura o del diario vivir.

Excepcionalmente valiosa e interesante esta obra magna, por lo implícito y lo explícito, por lo que da y por lo que sólo esboza, sugiere o promete, al terminar de recorrerla, siquiera sea en fugaz exploración en busca de caracteres y ejemplos fundamentales para una esquematización crítica que no la traicione, se siente imperiosa la necesidad de fijar el sentido último que esa producción debe tener, especialmente para los hijos de esta Hispanoamérica de las frustraciones, que también es la Hispanoamérica de las promesas y las esperanzas.

En la obra de Reyes, desplegada en el tiempo ante nuestra vista, en su pensamiento, en sus intenciones y sus valores artísticos, se descubre el ejemplo edificante del escritor, su lección de fidelidad a la poderosa vocación, de tolerancia y de comprensión, pero también de escrupulosa honradez intelectual.

La vida y la obra de Alfonso Reyes, en coincidencia que nunca se rompe, constituyen una lección de fidelidad a la vocación, que tantas veces que forman ya abrumadora mayoría en nuestro medio, tiene que ser heroica en el escritor hispanoamericano. Reyes es hispanoamericano, y ha vivido y vive en Hispanoamérica, en ella o fuera de ella, pendientes siempre de sus destinos, y ha sido escritor honrado, y además escritor infatigable y creador, que levanta su obra contra todos los embates del medio y de los tiempos, contra incom-

preensiones, hostilidades o indiferencias, entre las cuales, él ha sabido siempre encontrar las voces que consueñan, los espíritus afines portadores y defensores de su mismo mensaje.

En tierras de fácil simulación y de tentaciones insinuantes, él, excepcionalmente dotado por los dioses, no ha sido nunca un distinguido fabricante de literatura preocupado por la circulación de sus productos. Por el contrario, su conducta nos sirve para reconocer con claridad los caminos por los que el escritor se desvía de sus propios y legítimos fines, y degenera en agente de propaganda de una causa que sectariza, cuando no llevan a ser servidor de un hombre y una camarilla, alzados con la libertad y la riqueza material y moral de un pueblo.

Pero a la vez es Reyes escritor esencialmente comprensivo y tolerante; y su tolerancia es limpia y buena —la única aceptable— porque se funda en el previo cumplimiento del deber, que al escritor le señalan la honradez de pensamiento y la fidelidad a la propia vocación. Reyes, maestro de tolerancia y de comprensión, serenamente nos enseña que, antes de tolerante y comprensivo, hay que ser honrado.

La comprensión y la tolerancia, que elevan a la objetividad, son en él tanto materia de inteligencia como de sentimiento. La pasión ennoblecedora lo alienta; pero no lo domina. Así piensa y siente libre y justamente ante hechos y personajes de otras épocas, ligados a cuestiones polémicas de todos los tiempos, lo mismo ante las escenas del presente en que vive, que ante el panorama del pasado inmediato, cuyas pasiones, intereses y prejuicios perduran, como rescoldos, en la combustión de lo actual. Su concepto moderno y personal de la libertad y de la humanidad no le impiden descubrir los valores y significados de culturas remotas, seanle extrañas o afines, así la de Grecia y Roma como la de México indígena. Su condición de figura representativa eminente de la generación del Centenario, que deshizo y substituyó al régimen porfiriano, no le impide hacer justicia —punto medio entre la absoluta negación y

la apología— de la dictadura que liquidó la Revolución de 1910. Pasando por encima de las llamas que tuvo que encender la Revolución Mexicana, sin olvidar los necesarios estragos que produjo, el amor a la paz no le impulsa, como a otros, a exaltar la paz cuando, como entonces, es la paz dictatorial. La dictadura de Porfirio Díaz, como todas las dictaduras, hija de la violencia y madre de la injusticia y de las legítimas rebeldías, pedía, predicaba y loaba la paz, necesitaba la paz, y sembraba la guerra en las conciencias. Pero a la sombra de aquel régimen longevo, en que todo, hasta la paz, envejecía con el dictador, había hombres, ideas e instituciones cuyo valor y función histórica tienen en Reyes juzgador imparcial y certero intérprete, que, por cierto, no pierde tampoco la imparcialidad y la agudeza, cuando, en el examen de la transición revolucionaria a los tiempos nuevos, llega el momento de hacer revivir y juzgar a los que, con el propio historiador, fueron sus heraldos y creadores. Caso eminente y aleccionador de tolerancia y de crítica serena escrupulosamente compatible con la honradez intelectual del escritor y con la fidelidad del hombre a las ideas libremente adoptadas, a los imprescindibles principios integrantes y rectores de un concepto superior de la vida y del hombre, sus deberes, prerrogativas y responsabilidades, sin lo cual, existe y perdura sólo en el mundo, simulado o manifiesto, el imperio zoológico del instinto y de la violencia.

Pero tampoco es Reyes uno de esos espíritus lúcidos y razonadores complacidamente desasidos de la prosaica realidad de su mundo, sordos a sus demandas de orientación. Su mentalidad crítica, por el contrario, transita entre la teoría y el fenómeno, para enlazarlos en interpretaciones que conducen, no sólo a la formulación de una filosofía, sino a la determinación racional de una conducta, individual o colectiva, moral o política. En su producción, al lado de la teoría y de la crítica, hay una valiosa obra normativa de conceptos amplios, cautelosamente flexibles, pero diáfanos y precisos en lo medular. Su moral y su política coinciden

en un programa de solidaridad humana y de racionalización de la libertad. Este es el fondo ideológico de sus orientaciones; pero, ante la circunstancia específica de México, que es también, la de toda Hispanoamérica, ante la existencia infrahumana de nuestros pueblos, pide llanamente *alfabeto, pan y jabón*, y, con sano optimismo, espera los frutos de este programa de regeneración y elevación de la substancia humana en el que se hermanan el hombre de sentido práctico y el hombre de ideas e ideales.

Naturalmente, para Reyes, el practicismo existe sólo como la sal de la vida. Para él, todo lo ilumina y anima el espíritu. Su vida y su obra es continua afirmación de la fe necesaria en la cultura. Alguna vez nos dice: *cuando la sociedad pierde confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz*. Y cuanto dice y hace es y ha sido siempre reafirmación de este aforismo básico. Cuanto dice y cuanto hace. Su pensamiento y su conducta; la doctrina de su mensaje y la fuerza normativa y estimulante de su ejemplo.

Vasta, múltiple, de valor excepcional en cada modo y aspecto, la obra de este mexicano universal es ya clásica en el mundo hispánico, con clasicismo que es sólo sinónimo de perfección, serenidad y riqueza; pero tras ella, en ella misma, está la persona, el mensaje y el ejemplo de Alfonso Reyes.

Cuando de la gracia y del ingenio se trate en cualquier meridiano del mundo de la cultura, y de los milagros de la creación literaria, si la claridad y multiplicidad del talento y la universalidad de la cultura se aúnan, será siempre grata, necesaria y fructuosa jornada el acercarse a este paradigma de escritores, para hablar de él y gozar de su obra, para admirarlo imitándolo; pero cuando el camino recto de la vocación y del deber, así del artista como del hombre de ideas, parezca borrarse, o tienda a desviarse entre influencias contrapuestas, entre las ciegas exaltaciones sectarias, o las insinuaciones tentadoras, y la pasiva indiferencia de la neutralidad

acomodaticia o simplemente ensimismada, la referencia al mensaje y al ejemplo de Alfonso Reyes también será inevitable, y valdrá como una orientación y una fuerza de benéfico influjo en la hora de lucha y de prueba de quiénes, para bien o para mal, luchan sólo, y trabajan, con las armas del espíritu.

Así, en última instancia, concebimos y presentamos la vida, la obra y la persona de este mexicano, de este hispanoamericano universal, y así queremos evocarlo: personalidad apolínea que no requiere pedestal ni paramento, sino la radiante compañía de su arte y la serena luz de su noble, atrayente y creadora humanidad.

Raimundo LAZO.

Academia Cubana de la Lengua.

La Habana, 19 de noviembre de 1954.

### EL MENSAJE DE UN GRAN HUMANISTA

Desde las tierras en donde lo heroico se identificó con la profundidad del bello pensar y de la belleza creadora en las artes más inconfundibles por su recia y auténtica personalidad, nos llegan los ecos de una fiesta honrosa para la cultura del pueblo que sabe sustentarla.

México, al discenir, hace apenas contadísimos meses, la más alta distinción nacional a figuras tan nobles de sus progresos espirituales, como son Alfonso Reyes, el humanista y Alfonso Caso el doctísimo investigador científico, ha sabido valorar lo que el esfuerzo de la inteligencia representa para la nacionalidad como expresión de sus más altos prestigios en el mundo.

Y en este caso señalado la distinción fue unida a la compulsiva severa de una empresa cultural que desde hace ya veinte años viene proclamando con sus pulcras y apreciables ediciones el magnífico estado de adelantamiento que las artes gráficas han conquistado en el presente medio siglo. (1)

Todo vino a resultar así un triunfo armonioso de lo mejor: por un lado el reconocimiento nacional para dos preclaras inteligencias y por otro la reafirmación de las altas y claras finalidades con las que el libro sale de sus prensas para llevar, especialmente a la América, el mensaje henchido de promesas lindantes con la más fecunda realidad.

#### *El mensaje de Reyes*

Cuánta impropiedad habría en pretender tejer en un artículo periodístico, la corona del insigne mexicano, cuya vida admirable de estudioso corre tan bella como paralelamente a su insobornable conducta cívica.

(1) "Fondo de Cultura Económica". Editorial mexicana, fundada en 1934.